



CARLO MAGNO.

Escucha, gran Carlo Magno,
 mi tío, y Señor escelso,
 que quiero sin digresiones,
 obedecer los preceptos
 en que me mandas que haga
 relación de mis sucesos,
 soy Roldan, y siervo tuyo,
 y así en todo te obedezco.
 Ya sabrás vino á París
 un famoso Caballero,
 á publicar, si había en Francia
 quien se hallase en los Torneos,
 y las Justas que mandaba
 publicar el Rey Acedro,
 para celebrar las bodas,
 y feliz casamiento
 de Clorinda, Infanta bella,
 para emulación de Venus,
 hija suya, que casaba
 con el Principe Arismeno,
 que del duque de Moscovia
 era hijo y heredero,
 y que era tan valeroso,
 y tan bizarro mancebo
 que la palestra de Marte,
 sustentaba en los torneos,
 publicando por el mundo,
 sin segundo era su esfuerzo;

y después de publicados
 por Francia y por otros reinos
 con plazo de ochenta días,
 me resolví allar en ellos,
 y para ir discurri
 disfrazado aventurero,
 y me pintaron las armas
 todas con un color negro,
 y escrito con letras de oro
 en el escudo este verso:
 mis obras diran quien soy,
 esto es, Señor lo mas cierto,
 por que hay hombres en el mundo
 de tan bajos pensamientos,
 que sus hazañas las cifran
 solamente en ser blasfemos,
 y si la fortuna adversa
 les ofrece algun encuentro,
 publican luego, que son
 viles vasallos del miedo,
 y así para no caer
 en semejantes excesos
 han de ser lenguas las obras
 de las hazañas del dueño.
 Sali de París de Francia,
 metropoli de tu imperio,
 Gran Señor sin tu licencia,
 con hidropicos deseos

de añadir á tu Corona
nuevos lauros y trofeos:
á Guarín lleve conmigo
que fuese por mi escudero;
por tierra y mar caminamos
con tan prospero suceso,
que en menos de ochenta dias
nos hallamos (lance fiero!)
cerca de Constatinopla
encontramos á Arismeno
con una gran compañía
de cincuenta caballeros,
todos hombres de gran cuenta,
que le iban asistiendo
por lo que oí, víde y supe,
humildemente te ruego:
que me lo dejes pintar,
sin preambulo superfluo.
Era el Principe arrogante,
galán, valiente y discreto,
hizo en mí y en mi caballo
reparo, y luego al momento
á mí se llegó, y me dijo
con el rostro muy severo:
hidalgo de donde sois?
decid Patria, decid Reino,
y advertir que ese caballo
me ha parecido tan bueno,
que de él he hecho eleccion
para entrar en los Torneos:
y así no hagais repugnancia
en ponerle al punto precio
para que de su valor
luego quedeis satisfecho.
Dijele entonces: Señor,
el caballo tiene dreno
muy digno de merecerle,
y así ahora no lo vendo
por que lo he de menester.
Sois un atrevido, un necio,
me dijo y de mi presencia
os quitad luego al momento,
ó le mandare á un criado
haga con vos un exceso;
obedecí luego al punto
por lograr mas bien mi intento.
Llego el dia, en que se hizo
alarde de los sujetos,
que habian ya concurrido

á las Justas, y Torneos,
y despues de estar sentados
los reyes en sus asientos,
y los jueces en los suyos,
el vulgo hizo lo mesmo,
y al son que á la real hacian
los belicos instrumentos,
obedeciendo el mandato
del invicto Rey Acedro
entramos en la Real Plaza
todos los aventureros,
los principes luego entraron,
trayendo todos en versos
escritos en sus escudos
sus calidades, y esfuerzos,
sus nombres, y sus estados,
y leyendo el del primero,
me acuerdo que así decia:
Soy el valiente Biovedo,
sucedo á los de Polonia,
y es tan grande mi ardimiento,
que traigo en mi pecho un Etna
y respiro un Mongibélo.
El segundo dió á entender
su nombre en aquestos versos:
soy el fuerte Ferraguz,
Principe soy de Marruecos;
y en las mas partes del mundo
conocido por mis hechos.
Tambien se dió á conocer;
en decir así el tercero.
Soy el Principe Antidor,
susesor del Reino griego,
dirá la fama inmortal
de mi espada los aceros.
El cuarto le sucedio,
que tambien entró diciendo.
Soy el Principe de Tracia
y es mi nombre Filiberto,
y son mis hazañas ya
tan dignas de nombre eterno,
que estan en bronce y en marmol
por la duracion del tiempo
para que no se sofoquen
con las olas del Letéo.
Con pompa magestuosa,
y grande acompañamiento,
vestidos de finas armas
entró el Principe Arismeno

en la suntuosa plaza,
galan, valiente y soberbio,
pues todos profetizaron
y tuvieron por muy cierto
de todos los combatientes
los futuros vencimientos.
El Principe en el escudo,
decia (arrojo tremendo)
sucedo al gran Moscovita
soy el Principe Arismeno,
y lo que está promulgado,
en la palestra desfiendo:
y es tan grande mi valor,
que despues de los torneos
yo me holgara el que estuvieran
contra mi juntos, y opuestos
el Espin de Calidonia,
de Albania el leon sangriento,
de Colcos el Bellocino,
ó de Damarío el empeño,
para vencer mas despues,
que los que vencer espero.
Dio una vuelta por la plaza,
para que así el vulgo entero
viera, y leyera despacio
sus locos atrevimientos.
Corrió luego para ir
á su señalado puesto:
fue el caballo tan veloz,
que ó todos dejó suspensos,
y neutrales discurrían,
si fue rayo, ó si fue trueno
ó si fue terrestre bruto
ó ave del vago viento:
pero presto se quedaron
de sus dudas satisfechos,
cuando inmóvil se quedó
á los preceptos del freno.
Reparó el Principe en mí,
y faltando á lo modesto,
que debia á su grandeza,
dijo á voces, que le oyeron
muchos de los sircustantes.
Principes, y caballeros,
suplico el que repareis
en aquel aventurero,
qué escrito con letras de oro
trae en el escudo aquel verso,
en que dice, que sus obras

diran quien es, mas yo pienso
que ha de ser algun cobarde,
ú hombre de bajo precio:
la causa por que lo digo
él la sabe, el sufrimiento
faltaba ya á mi paciencia;
mas yo teniendo deseo
de combatirme con él
callé, y oí mis desprecios.
Dije, mire vuestras altaza,
que se que es muy ageno
aquese modo de hablar;
y si acaso fundó duelo,
porque no le di el caballo,
ahora le vendo en precio,
que vuestra alteza oira:
si acaso algun caballero
del caballo me derriba,
sera del caballo dueño,
y si yo lo derribare,
ha de suceder lo mesmo
y en todo trance de muerte,
sin distincion de sujetos
en esta publica plaza,
lo que aqui he dicho mantengo.
Todos dijeron: Señor,
pues no es el aventurero
tan civil ni tan cobarde
como vos decis acepto.
Hago el partido con uno
de mis nobles caballeros
de cincuenta que yo traje.
mis vasallos saldrán luego,
y quedaran castigados
sus locos atrevimientos.
Llevaron la nueva al Rey
del referido suceso,
con la brevedad posible
vino luego el caballero.
Aqui escuso digresiones,
porque cansarte no quiero,
ya me conoces, señor,
en espacio tan pequeño
uno á uno le venci
sus cincuenta caballeros,
el Principe ami se viene,
estas palabras diciendo:
Si el Dios que nació en Esparta,
aquel monstruo tan soberbio,

que el barbaro gentilismo
coloco en el quinto cielo
fueras, y á mi te opusieras,
quedaras vencido, ó muerte.
Yo le dije vuestra alteza
blasona muy hazañero,
y vendran á ser sus obras,
en mi sentir mucho menos,
porque ya en el mundo es
lo mas comun y mas cierto
que se quedan en palabras
del que es hablador los hechos.
Apena aquesto oyó
pareció un bolcan de fuego,
que para mi se venia,
para abrasarme en su incendio.
La esplicacion de mi furia
remito ahora al silencio,
y al furor con que parti
á dar la muerte á Arismeno.
Nos encontramos, en fin,
y fue tan recio el encuentro,
que los caballos atras
muchos pasos se volvieron
y sin poder contenerse
cayó el Principe en el suelo.
Desmonteme á levantarlo,
luego los jueces vinieron,
llevaronselo á palacio
sin sentido y sin acuerdo,
del Principe la desgracia
sentí con grandes estremos,
porque el que noble ha nacido
por justos juicios del cielo
debe sentir como suyos
tambien los lances agenos.
Por lo que dije en la plaza,
principes y caballeros
pinden al Rey, que yo sea
quien mantenga los torneos:

El Rey lo concedio al punto
y estando quieto en mi puesto
sonó la señal de guerra
los combatientes vinieron,
vencí al fuerte Ferraguz,
vencí al valiente Biobedo,
vencí al Principe Antidor,
vencí al sin par Filiberto
y veneí tambien despues
mas de ochenta caballeros.
Presente asi que venci,
los caballos á sus dueños,
y por accion tan galante
principes y caballeros
joyas de mucho valor
pródigamente me dieron.
Mi nombre me préguntaron
dijele luego al momento:
con desentonadas voces
muchos victores me dieron,
de alli á ocho dias estuvo
bueno el Principe Arismeno,
pidióme lo perdonase
muy humilde y con respeto,
los ultrages que imprudente
á mi valor habia hecho:
Me quede admirado al ver
al Principe tan compuesto
de su ostinada osadia
en vuelta en lances adversos.
Se celebraroñ las bodas
con jubilos y contentos,
hubo toros y alcancias,
luminarias, varios fuegos.
Sali de Constantinopla,
y á tu Côte ahora llego,
y para que mi valor
tenga algun util excelso,
á vuestras cesareas plantas
humildemente me ofrezco.

FIN.